

La carta dirigida a Lionel Curtis fue escrita, en inglés, en Suecia, durante un viaje de trabajo a Escandinavia, y se dejó en manos de un mediador sueco para que la remitiese a Inglaterra. Helmut y Curtis, que era un hombre influyente en Inglaterra y tenía acceso a algunos miembros del Gobierno inglés, estaban unidos por una antigua amistad.

Sin embargo, la carta no fue enviada desde Suecia. Dos meses más tarde, un hombre de confianza, norteamericano, se declaró dispuesto a aprenderse de memoria el contenido de la carta y a recogerlo por escrito a su llegada a Inglaterra. Este texto abarca aproximadamente la sexta parte de la longitud de la carta y conserva muy poco de la fuerza y la urgencia del original. Fue entregado al obispo de Chichester, George Bell, quien la hizo llegar a Lionel Curtis. No tuvo repercusión alguna.

Querido señor Curtis:

*Estocolmo, 25 de marzo de 1943*

Cabe la posibilidad de que esta carta llegue a sus manos sin tener que pasar por la censura. Por ese motivo deseo aprovechar esta ocasión única para ofrecerle un análisis de la situación de mi país y hacerle algunas sugerencias sobre cómo podrían acelerarse las cosas.

I.

Debo hacer una precisión previa. En cuestiones que afectan al desarrollo de una situación política interna, desconfío por experiencia del juicio y la discreción de todos aquellos que tienen algún tipo de cargo diplomático o relacionado con la política exterior. Porque a nosotros nos llega material altamente confidencial de casi cualquier delegación o embajada inglesa y, más aún, norteamericana. Probablemente, su gente nos paga con la misma moneda enterándose de todo lo que va destinado a nuestras embajadas. Ahora bien, en el primer caso, estas informaciones ya han costado la vida a más de una persona que ahora nos habría resultado imprescindible. A veces, uno tiene la sensación de que los diplomáticos llevan una existencia tan resguardada de todo que no pueden ni imaginarse cómo es en rea-

lidad la vida en nuestro continente. Describen las condiciones de vida allí con grandes palabras, pero, si no reflejan en absoluto cómo son de verdad estas condiciones, tales palabras significan poco para quien las emplea y menos todavía para quien las escucha.

Y una segunda advertencia en este plano se refiere a la manera de pensar que predomina en los servicios secretos con respecto a las cuestiones políticas. Desde la perspectiva de los servicios secretos es muy sencillo ver que todo cuanto hago yo, y conmigo muchos hombres y mujeres, contribuye a la destrucción del Tercer Reich, es decir: va contra el enemigo principal y, por lo tanto, es loable. No obstante, desde el punto de vista político, en las dictaduras o tiranías impera la misma ley que en las democracias: sólo se puede derrocar un Gobierno cuando puede presentarse otro Gobierno en sustitución. Así pues, la destrucción del Tercer Reich no podrá comenzarse hasta que al menos nos encontremos en condiciones de proponer una alternativa. Esto no es capaz de verlo nadie desde la perspectiva de los servicios secretos, y en verdad puede tener consecuencias muy serias, no sólo para la posguerra, sino también por lo que respecta a las posibilidades de destruir el Tercer Reich desde dentro. He de señalar, por último, que este argumento me lo han presentado varias personas de las organizaciones clandestinas de diversos países ocupados.

Fuera de Alemania no se hacen una idea clara de las dificultades con las que hemos de luchar aquí y como consecuencia de las cuales la situación de Alemania es muy distinta a la de otros países ocupados: falta de unidad, falta de personal, falta de comunicación.

*Falta de unidad:* en todos los países invadidos por Hitler, a excepción de Alemania y Francia, la población comparte prácticamente las mismas ideas. En Noruega o Polonia, en Grecia, Yugoslavia u Holanda, la inmensa mayoría muestra una unidad de opinión. En Alemania y, en menor medida, en Francia, es distinto. Hay mucha gente que ha salido beneficiada del Tercer Reich y que sabe muy bien que, cuando llegue el fin del régimen, también a ellos se les acabará el tiempo. En esta categoría no sólo se cuentan unos pocos cientos de personas, no: son cientos de miles, y con tal de aumentar este número y conseguir nuevas prebendas se corrompe todo. También hay gente que sólo apoyó a los nazis en cierto momento para contrarrestar la presión que se ejercía sobre Alemania desde el extranjero y que ahora está atrapada en esa red y no puede liberarse. Incluso estando convencidos de que los nazis no obran con justicia, piensan que eso compensa la injusticia que hubimos de sufrir nosotros antes. Además, hay una tercera opinión, apoyada por la propaganda de Goebbels: si perdemos esta guerra, nuestros enemigos nos comerán vivos. Por eso tenemos que superar la situación con Hitler en el poder

y no podremos librarnos de él hasta después; no se puede cambiar de caballo en mitad del río. Sin duda, usted rechazará estas opiniones igual que yo, pero cuando menos hemos de tenerlas en cuenta como factores políticos de notable repercusión, puesto que minan la unidad de criterio. Así pues, mientras que las opiniones de cualquier holandés, noruego, etc., pueden considerarse fiables, todo alemán debe ser sometido a un cuidadoso examen para averiguar si puede servirnos o no. El hecho de que sea antinazi no basta.

*Falta de personal:* en nuestro país prácticamente no quedan hombres jóvenes, es decir, hombres en la franja de edad capaz de llevar a cabo una revolución o al menos de prepararle el camino. Ustedes cuentan con trabajadores jóvenes o al menos relativamente jóvenes en sus fábricas nacionales. Sus jóvenes reciben una formación dentro de su propio país. Nuestro caso es distinto. Nuestros jóvenes, incluso los que aún están formándose, se encuentran fuera de nuestras fronteras y muy lejos de ellas. A cambio, tenemos más de ocho millones de trabajadores extranjeros y potencialmente enemigos en el país, y es de prever que su número aumente hasta los diez millones. En Alemania no hay alemanes más jóvenes más allá de la generación nacida en 1899. Excepto la Policía secreta y las SS, las excepciones cuentan muy poco en este caso. Los pocos activos que quedan están terriblemente consumidos por el trabajo y al límite de sus fuerzas. Las mujeres, aunque no se les obliga a realizar los trabajos de guerra propiamente dichos,

también están sobrecargadas física y, sobre todo, psíquicamente con la mera tarea de mantener en pie sus hogares. Cuanto más fuerte es la crisis económica, más improbable es una revolución, puesto que la gente dedica la totalidad de sus energías a seguir viviendo, que no es poco. La distribución de los alimentos se lleva a cabo más o menos sin problemas, aunque también es cierto que quita mucho tiempo. Eso sí, intentar comprar otra cosa es una empresa harto más difícil. Como uno necesite un sobre, que le arreglen los zapatos, le remienden la ropa, le limpien el abrigo, o si aún osa buscar clavos, un cepillo de dientes, cola de pegar o un puchero, algún objeto de porcelana o de cristal, si pretende dejar al niño al cuidado de alguien un rato o necesita un médico, entonces descubre que el cumplimiento de cada uno de estos deseos ya supone una tarea que le lleva el día entero. Hay que esperar y correr, hacer cola en donde corresponda y actuar con determinación, insistir y rogar para, al final, probablemente no conseguir lo que se quiere a menos que se tenga algo que ofrecer a cambio, ya sea algún tipo de mercancía o de servicio. Todo este trabajo adicional recae sobre las mujeres. Mientras que los hombres, en su vida de soldados, han olvidado por completo lo que significa trabajar, las mujeres están completamente desbordadas por el trabajo. Y esto no sólo significa que todas estas labores impliquen un agotamiento físico—eso se sobreentiende—, lo más terrible es que su mente está completamente saturada por las elucubraciones sobre cómo conseguir lo que necesitan, ya sea un cepillo de dientes o

un médico. Lo último en lo que piensa una mujer antes de dormir es, casi con certeza, algo del tipo: «Que no se me olvide que han dicho que a las tres quizá lleguen los sobres, y en la consulta del médico me dijeron que a lo mejor volvía el doctor hacia las seis y media. Pero ¿qué hago con mi niño mientras espero al médico...? Me pueden dar las nueve hasta llegar a casa». Así no queda tiempo para pensar en otra cosa que no sea la guerra.

Falta de comunicación: esto es lo peor. Imagine lo que significa que:

(a) no se pueda hablar por teléfono;

(b) no se pueda utilizar el correo;

(c) no se pueda enviar a nadie a hacer ningún recado, pues lo más probable es que uno no tenga a quién pedirse-lo, y, de haber alguien, no se le puede dar nada por escrito, puesto que, de cuando en cuando, la Policía registra a la gente en los trenes, en el tranvía, etc., en busca de documentos.

(d) ni siquiera puede uno hablar con las personas con cuyas ideas coincide plenamente porque la Policía secreta tiene métodos de interrogatorio que quiebran la voluntad, pero mantienen despierta la capacidad de entendimiento. De esta forma, consiguen que sus víctimas confiesen todo lo que saben. Por eso los mensajes deben limitarse a los destinatarios imprescindibles.

(e) ni siquiera puede uno fiarse de los rumores o de alguna campaña secreta para difundir noticias, pues el bloqueo informativo es en verdad tan efectivo que, por ejem-